

UN PSEUDOPROBLEMA PARA EL MINIMISMO

JOSÉ E. CHAVES RUIZ
Facultad de Filosofía
Universidad de Barcelona
jchavesruiz@gmail.com

RESUMEN: El objetivo principal de este artículo es contribuir al debate entre contextualistas y minimistas, mostrando cómo uno de los principales argumentos en contra del minimismo, que denominaré el “Argumento de la pérdida de generalidad de la noción de *implicatura*”, descansa en una mala comprensión o en una simplificación del mecanismo de generación de implicaturas conversacionales.

PALABRAS CLAVE: lo que se dice, máximas conversacionales, contextualismo, implicaturas

SUMMARY: The aim of this paper is to contribute to the debate between contextualism and minimalism. I show that one of the main arguments against minimalism, which I called “argument of loss of generality of the notion of *implicature*”, is based on a misunderstanding or a simplification of the mechanism of generation of conversational implicatures.

KEY WORDS: what is said, conversational maxims, contextualism, implicatures

1. *Introducción*

Hay algunas ideas que nacen siendo una revolución pero que con el tiempo acaban siendo, al menos en sus formas más generalizadas, una trivialidad ampliamente aceptada. Una de esas ideas es la que Grice propuso y que, grosso modo, consiste en el compromiso de que en lo que comunicamos podemos distinguir entre aquello que está de alguna manera sujeto a un código lingüístico y aquello que se debe principalmente a algún tipo de restricciones pragmáticas o principios conversacionales. El nivel de acuerdo empieza a descender cuando intentamos etiquetar esta distinción, aunque en este trabajo me ceñiré a la ya clásica denominación de “lo que se dice” para el contenido relacionado con el código lingüístico y “lo que se implica” para el contenido sujeto a restricciones pragmáticas. El verdadero desacuerdo aparece al intentar especificar términos tales como “estar de alguna manera sujeto a un código lingüístico” y “deberse principalmente a algún tipo de restricciones pragmáticas o principios conversacionales”.

Este desacuerdo ha generado un amplio debate entre los que entienden que la dependencia de lo que se dice con respecto a los códigos lingüísticos es bastante restrictiva y aquellos que consideran

que el código es sólo uno de los factores que nos permiten determinar lo que se dice con una preferencia. A los primeros se le suele denominar “minimistas” y a los segundos “contextualistas”.

El objetivo principal en este artículo es contribuir al debate entre contextualistas y minimistas, mostrando cómo uno de los principales argumentos contextualistas en contra del minimalismo, que denominaré el “argumento de la pérdida de generalidad de la noción de *implicatura*” (APGI, a partir de ahora), está basado en una mala comprensión o en una simplificación del mecanismo de generación de implicaturas conversacionales.

La importancia de contrarrestar el APGI no radica únicamente en dejar abierta la posibilidad de algún tipo de minimalismo, sino en el hecho de que este argumento constituye una de las principales razones a favor de nociones contextualistas de *lo que se dice* como la mantenida por Recanati (2004).¹

Con este objetivo en mente, en primer lugar daré una breve caracterización del debate entre contextualismo y minimalismo para ubicar la temática de este artículo y comprender la importancia que tiene la delimitación de la noción de *lo que se dice* para cuestiones tales como la distinción entre semántica y pragmática.

En la tercera sección expondré el APGI en detalle, atendiendo a la formulación más completa que ha sido desarrollada por Recanati, especialmente en el epígrafe “A problem for minimalism” en *Literal Meaning* (2004, pp. 10–13). Finalmente, en la cuarta sección, mostraré que las implicaturas conversacionales no sólo se generan por la burla de una máxima conversacional, sino que también se pueden producir cuando se deja de observar tranquilamente y sin ostentación alguna una máxima conversacional. Estas dos formas de generar implicaturas conversacionales me permitirán explicar por qué dicho argumento no hace el trabajo que se supone que hace.

2. *Minimalismo y contextualismo: una cuestión fronteriza*

Recanati divide la filosofía del lenguaje en dos grandes enfoques. El primero de ellos, denominado “literalismo” o “anticontextualismo”, mantiene que las unidades más básicas portadoras de contenido proposicional son las oraciones con independencia del uso que los

¹García-Carpintero (2006) identifica este argumento como una de las razones esgrimidas por Recanati para mantener su contextualismo. Para García-Carpintero, este argumento comete una falacia fenomenológica, acusación a la que Recanati responde en “Predelli and Carpintero on *Literal Meaning*” (2006). Mi respuesta al APGI no supone ningún tipo de falacia fenomenológica por parte de Recanati.

hablantes hagan de ellas. El segundo enfoque, denominado “contextualismo”, mantiene que son los actos de habla los portadores de ese contenido proposicional. Para Recanati, tanto el literalismo como el contextualismo tienen diferentes variantes, dando cabida incluso a posturas intermedias que él denomina sincretistas. Son variantes del literalismo el protoliteralismo, el eternismo, el convencionalismo y los minimismos, mientras que el pseudocontextualismo, el composicionalismo pragmático, el enfoque de la configuración equivocada y el eliminativismo del significado lo son del contextualismo.

En este trabajo me ceñiré al minimismo tal y como lo define Recanati. Antes, sin embargo, es necesario realizar un par de aclaraciones. En primer lugar señalar que la clasificación de Recanati no es la única disponible y tal vez no sea la mejor si atendemos a los últimos desarrollos del tema. En efecto, muchos de los autores que se declaran a sí mismos minimistas, autores como Bach (1994), Cappelen y Lepore (2004) y Borg (2005), no lo serían según esta clasificación. Estos autores encajan mejor en lo que Recanati denomina las posturas sincretistas y, por lo tanto, están ajenos a la crítica del APGI. En segundo lugar, y relacionado estrechamente con lo anterior, está la cuestión de quién sería un minimista según la clasificación que estamos usando. Trataré este tema una vez haya precisado a qué me refiero con minimismo.

La concepción minimista, así como sus posibles variantes, tiene parte de su origen² en la interpretación clásica que se hace de la teoría del significado de Grice. En el marco griceano clásico, el significado del hablante se compone, desde el punto de vista proposicional, de lo que se dice y lo que se implicatura.³ Así, en una preferencia como (1)

- (1) [Juan le comenta a Pedro que quiere raparse la cabeza, a lo que éste replica:] Yo tengo una máquina

lo que se dice es que Pedro tiene una máquina cualquiera, mientras que se implicatura que esa máquina es de cortar el pelo y que Juan podría utilizarla (aprox.). La guía para delimitar los dos componentes del significado del hablante, en el marco griceano clásico, es que la noción de *lo que se dice* esté “íntimamente relacionada con el significado convencional de las palabras (de la oración) que [el hablante] ha proferido” (Grice 1975 [1989] p. 527).⁴ Ésta es la razón por la

² Otros “padres” del anticontextualismo son, como señalan Stanley (2005) y Chapman (2005), Montague y Chomsky.

³ Seguiré la práctica habitual de considerar sólo las implicaturas conversacionales en este debate.

⁴ Los folios corresponden a la versión en castellano.

que esta opción teórica se ha denominado “minimismo”, ya que, en palabras de sus detractores, lo que se pretende es minimizar la distancia entre lo que se dice y el significado lingüístico de la oración proferida.⁵

La generalidad de esta caracterización del minimismo podría hacer pensar que criticarla o defenderla en esta forma es poco más que inútil. De hecho, en la bibliografía encontramos que hay multitud de variantes minimistas, algunas de las cuales admiten que hay información contextual, no determinada semánticamente, que pertenece a lo que se dice. Pero lo máximo que está dispuesto a admitir un minimista es que si existe alguna parte del contenido dicho que se recupere por medio del contexto, ésta está guiada gramaticalmente, manteniéndose así en los límites de la caracterización general y reproduciéndosele, tarde o temprano, el problema que enfatizan los contextualistas.

Llegados a este punto, he de retomar la cuestión de si la categoría de minimismo que introduce Recanati es vacía y carente de interés. Tal y como lo introduce Recanati, parece que el único defensor del minimismo ha sido el propio Grice, siendo una opción teórica que suscriben pocos filósofos en la actualidad (Berg 2002; Hawley 2002).⁶ No obstante, considero que una respuesta al APGI es deseable y pertinente más allá de su aparente repercusión histórica. En efecto, el APGI se aplica a todos aquellos autores que se denominan ne-griceanos o posgriceanos, como Levinson (2000) y Horn (2004), y que sin ser minimistas aceptan una distinción clara entre lo dicho y las implicaturas generalizadas y particularizadas. Por lo tanto, seguiré utilizando la clasificación de Recanati pero manteniendo en mente que los límites de esta discusión trascienden los límites impuestos por dicha clasificación.

Son varias las formas en que la distinción entre lo que se dice y lo que se implicatura ha sido atacada. Desde la teoría de la relevancia, una noción minimista de *lo que se dice* no cumple ningún papel cognoscitivo, esto es, es psicológicamente irreal (Carston 2002; Wilson y Sperber 2002). Otros, como Recanati (2004), mantienen que la noción de *lo que se dice* ha de estar refrendada por las intuiciones de los hablantes, cosa que no ocurre con lo dicho en teorías de corte minimista. Pero en lo que todos los críticos coinciden, y por

⁵ Aunque esta forma de caracterizar el minimismo sea bastante difusa, está ampliamente aceptada en la bibliografía (*cf.* Carston 2002, p. 185; Recanati 2004, p. 7).

⁶ En otras disciplinas, como la lingüística, la psicología o la inteligencia artificial, el minimismo griceano sigue siendo una posición más estándar (*vid.* Chapman 2005, especialmente el cap. 9).

lo que reciben la denominación común de “contextualistas”, es en que el contenido que individúa la noción de *lo que se dice* ha de incluir más información contextual. Como vimos antes, esto es algo que un minimista podría llegar a aceptar, la verdadera diferencia está en que esa información, según los contextualistas, se recupera por procesos pragmáticos no guiados lingüísticamente como son el libre enriquecimiento y el uso vago.

La razón que se aduce para ello, dejando a un lado las posibles variantes, es que lo que se dice ha de ser un contenido que el hablante expresa explícitamente. De esta manera, un contextualista prototípico, como lo serían Recanati o Carston, sostiene que lo que se dice con (1) es que Pedro tiene una máquina de cortar el pelo, mientras que se implicatura que, si Juan quiere, la puede utilizar (aprox.). Así pues, aunque el minimista mantiene que con (1) se dice que Pedro tiene una máquina, para el contextualista lo que se dice ha de ser un contenido enriquecido que especifique el tipo de máquina que Pedro tiene, a saber, una máquina de cortar el pelo.

El debate, pues, entre minimistas y contextualistas gira en torno a dónde trazar la línea fronteriza entre lo que se dice y lo que se implicatura. En el minimismo se privilegia un criterio semántico para lo que se dice, dejando para el ámbito de lo implicaturado todo aquello que tenga un origen pragmático no demandado lingüísticamente y que no sea necesario para obtener una proposición. Por ello, una concepción minimista nos permite mantener una importante diferencia entre lo que es la semántica y lo que es la pragmática, salvando de esta manera un espacio propio para la semántica.⁷

Para el contextualismo, una explicación coherente de la comunicación verbal nos conmina a admitir que ciertos elementos determinados pragmáticamente sean dichos aunque no sean necesarios para obtener una proposición. Esta tesis contextualista conlleva que la empresa semántica sea mucho más restringida de lo que se admite tradicionalmente, y en algunos casos llega a negar su posibilidad si la semántica ha de ocuparse de las condiciones de verdad de una preferencia con independencia de los procesos de interpretación pragmáticos (*vid.* Stanley y King, 2005).

3. *Argumento de la pérdida de generalidad*

El principal debate entre el minimismo y el contextualismo se cifra en cuánto contenido contextualmente determinado pertenece a lo que

⁷ Acerca de la importancia que pueda tener la distinción entre pragmática y semántica, puede consultarse, entre otros, Bach 1999.

se dice y cuánto a lo que se implicatura. Es esta cuestión fronteriza la que pretende zanjar a su favor el contextualista con argumentos como el de la pérdida de generalidad de la noción de *implicatura* (APGI). Hay otros argumentos contextualistas, como el que utiliza Carston (2004) basado en el alcance de operadores lógicos, contra la concepción minimista de lo que se dice. Sin embargo, esos argumentos suelen encubrir o recurrir en algún momento a alguna versión del APGI que los hace vulnerables a las mismas contrarréplicas. Por esta razón, me ceñiré al APGI, aunque en el último apartado señalaré cómo puede extenderse el tratamiento que aquí se favorece a otros argumentos contextualistas.

Según el APGI, al mantener una noción minimista de *lo que se dice*, la noción de *lo que se implicatura* pierde generalidad, pues no se aplica a una masa uniforme de casos. Pero el principal problema, como admite el propio Recanati (2004, p. 12), es que el minimismo no puede explicar esta irregularidad. Veámoslo con detalle.

Al interpretar una preferencia como (2),

- (2) [*A* y *B* están hablando de *C*, una mujer que *A* desconoce. A la pregunta de *A* sobre si *C* es guapa, *B* responde:] Ella es muy simpática,

somos capaces de distinguir consciente e intuitivamente entre el contenido que remite a la simpatía de *C*, lo que se dice, del contenido que indica la falta de atractivo de *C*, lo que se implicatura conversacionalmente. Hasta aquí, contextualistas y minimistas, salvando cualquier otra diferencia, estarían de acuerdo.

Tomemos ahora una preferencia normal de (3).

- (3) María sacó su llave y abrió la puerta.

Según Recanati, al interpretar (3) en un contexto normal, los hablantes tenemos un acceso consciente e intuitivo al contenido de que María sacó su llave y abrió la puerta con la llave que acababa de sacar. Sin embargo, un minimista mantiene que en realidad lo único dicho con (3) es que María sacó su llave y abrió la puerta, siendo la manera específica en la que abrió la puerta una implicatura conversacional.

Los ejemplos (2) y (3) son análogos para el minimista, pues parte de su contenido está implicaturado. El problema de esta explicación es que aplica el mismo esquema a fenómenos distintos. Esto es, para el minimista no hay ninguna diferencia cualitativa entre la implicatura de (2) y la implicatura de (3). Sin embargo, como hemos visto,

hay una diferencia muy importante: en un caso los hablantes somos capaces de distinguir consciente e intuitivamente entre lo que se dice y lo que se implicatura, mientras que en el otro no. No dar cuenta de esta diferencia es, según Recanati, vaciar de utilidad teórica nuestra noción de *lo que se implicatura* y, por transitividad, nuestra noción de *lo que se dice*.⁸ Para recuperar la generalidad de estas nociones hay dos opciones disponibles:

- i) Dar una explicación coherente con el marco minimista de por qué algunas implicaturas son accesibles conscientemente, mientras que otras no tienen por qué serlo.
- ii) Admitir que en lo dicho entran tantos elementos contextuales como sean necesarios para tener una proposición intencionada por el hablante que sea accesible a los interlocutores y que podamos distinguir intuitivamente del contenido implicaturado. Es decir, debemos abandonar el minimismo.

El minimismo ha tomado la primera opción recurriendo a la diferencia entre implicaturas conversacionales particularizadas e implicaturas conversacionales generalizadas. Las implicaturas generalizadas, como la que se da en (3), son automáticas y se dan en la mayoría de los contextos, por lo que los hablantes no tenemos constancia de ellas ni de su diferencia con lo que se dice. Por otro lado, implicaturas conversacionales particularizadas, como la de (2), sólo se producen bajo contextos muy específicos y, por ello, los hablantes somos capaces de diferenciarlas intuitivamente del contenido dicho.

Ilustraré un poco más la diferencia entre implicaturas particularizadas y generalizadas valiéndome de un ejemplo utilizado por Horn (2004) que me permitirá, posteriormente, ver cuál es el problema de la réplica minimista. El ejemplo de Horn está tomado de una escena de la película *When Harry Met Sally*, en la que Harry está hablando de su amiga Sally con su amigo Jess:

(4) Jess: Si es tan maravillosa, ¿por qué no sales tú con ella?

Harry: Cuántas veces tengo que repetírtelo, sólo somos amigos.

⁸ Aunque el APGI se debe a Recanati, es posible rastrear versiones de este argumento en otras críticas contextualistas. Por ejemplo, para Carston (2002, pp. 188–189), una noción minimista de *lo que se dice* individúa contenidos que no forman parte de ningún proceso cognitivo-comunicativo. Dado que para que un contenido cumpla una función cognitiva, en términos inferenciales, ha de ser ostensivamente relevante para el oyente, el problema a la accesibilidad a los contenidos dichos se reproduce de la misma manera que en el APGI.

Jess: Quieres decir que no es muy atractiva.

Harry: No, *es* muy atractiva.

Jess: Pero también me dijiste que tenía mucha personalidad.

Harry: *Tiene* mucha personalidad.

[Jess deja de andar, se da la vuelta y levanta las manos como diciendo “¡Aha!”]

Harry: ¿Qué?

→ Jess: Cuando alguien no es muy atractiva siempre se dice que tiene mucha personalidad.

Harry: Oye, si me hubieras preguntado qué aspecto tiene y yo te hubiera dicho que tiene mucha personalidad significaría que no es atractiva. Pero por el hecho de que te diga que tiene mucha personalidad no significa que no sea atractiva. Puede ser atractiva con mucha personalidad o nada atractiva con mucha personalidad.

Jess: ¿Y cómo es ella?

Harry: Atractiva.

⇒ Jess: Pero no es una belleza, ¿verdad?

La clave de la comicidad de este diálogo está en que Jess confunde las implicaturas conversacionales particularizadas y las generalizadas. Jess entiende, como indica la flecha simple, que “SIEMPRE” que se dice de alguien que tiene mucha personalidad, se implicatura de un modo generalizado que no es atractivo. Confunde pues una implicatura particularizada con una generalizada. La estrategia de Harry para mostrarle su error es argumentar que esa implicatura tiene una alta dependencia contextual o dicho de otro modo, no aparece “SIEMPRE” que decimos de alguien que tiene mucha personalidad. De hecho, para que él implicature eso, su interlocutor tendría que haberle preguntado cómo es Sally.⁹ La implicatura sería particularizada y aparecería en un contexto muy determinado, pero como en esta ocasión no se da esa situación contextual, Harry no ha implicaturado

⁹ En realidad, bastaría con que el contexto hubiera hecho relevante una contribución acerca del atractivo de Sally. Preguntarlo directamente es la forma más expeditiva de hacerlo.

nada. El diálogo continúa mostrando una vez más los problemas que Jess tiene con las implicaturas. La flecha doble indica la implicatura generalizada (escalar) que se asociaría a la contribución anterior de Harry y que se produce porque si alguien dice que una persona es atractiva es porque no puede comprometerse con que dicha persona es guapa; esto ocurre siempre debido a una relación escalar entre los predicados y no por factores contextuales.

Para que la réplica minimista que se ha expuesto funcione, la dicotomía entre implicaturas conversacionales particularizadas e implicaturas conversacionales generalizadas ha de coincidir plenamente con la dicotomía accesible y no accesible o, al menos, que todas las implicaturas particularizadas sean prototípicamente accesibles. El problema está en que esto no ocurre. Como podemos comprobar en (4), tenemos cierta facilidad para confundir si una implicatura es particularizada o generalizada, lo cual no ocurriría si sólo tuviéramos acceso consciente e intuitivo a una de ellas, las particularizadas según el minimista. Es más, Horn (1989) ha demostrado que existen implicaturas del tipo de la que se produce en (3) que, pese a no ser distinguibles intuitivamente del contenido dicho, son particularizadas. Además, hay ejemplos de implicaturas conversacionales generalizadas de las que los hablantes son conscientes, como parece serlo la implicatura señalada por una flecha doble en el ejemplo (4).

Estos tres puntos nos muestran que la distinción entre implicaturas particularizadas e implicaturas generalizadas no nos permite dar una explicación satisfactoria de que ciertas implicaturas sean conscientemente accesibles y otras no. De esta manera, la existencia de implicaturas particularizadas no distinguibles de lo dicho y la de implicaturas generalizadas de las que los hablantes son conscientes lleva a Recanati a concluir que no hay forma de salvaguardar la generalidad de la noción de *implicatura* que el minimista puede defender.

4. *Generación de implicaturas*

De ser correcto el APGI, el minimismo tiene un verdadero problema. Sin embargo, este argumento no funciona. Al igual que la réplica minimista que acabamos de ver, mostraré que el argumento no funciona por no tener en cuenta las diferencias entre las implicaturas que se producen en los ejemplos en cuestión. Pero, a diferencia de esa réplica, no me centraré en la naturaleza de las implicaturas, sino en el mecanismo por el que son generadas.

Si analizamos atentamente el APGI y la réplica minimista, veremos que ambos comparten el supuesto de que todas las implicaturas se

producen de la misma manera, por la explotación del principio de cooperación o de alguna de sus máximas. Sin embargo, este supuesto está lejos de ser admisible si atendemos a la formulación griceana de las implicaturas conversacionales.

Grice nos enseñó que existen varias maneras en las que podemos dejar de cumplir el principio de cooperación, y de ellas no todas pueden generar implicaturas. Así, en Grice el supuesto anterior es falso: no todas las implicaturas se producen de la misma forma. La idea, entonces, será comprobar si las diferentes maneras en las que se puede generar una implicatura introducen alguna variante en los ejemplos que utiliza el APGI; de ser así, si esa variante restablece la generalidad de la noción minimista de *lo que se implicatura*.

Según Grice, son varias las maneras en las que un hablante puede incumplir el principio de cooperación y sus máximas en el ámbito de lo que se dice (Grice 1975 [1989], pp. 532–533): en primer lugar, el hablante puede dejar de observar una máxima tranquilamente y sin ostentación; o puede dejar de cooperar abiertamente profiriendo “no puedo decir nada más, mis labios están sellados”; en tercer lugar, es posible que un hablante no sea capaz de cumplir una máxima sin incumplir otra; esto es, puede haber un conflicto entre máximas. Por último, la burla ostensiva de una máxima, el dejar manifiestamente de cumplir lo que una máxima exige. De estas cuatro maneras, la única que parece no generar implicaturas es aquella en la que se deja de cooperar abiertamente. Las otras tres permiten generar implicaturas como ejemplifica el propio Grice.

La cuestión ahora es si en los ejemplos necesarios para montar el APGI hay alguna diferencia en cuanto a la forma en que se detectan las implicaturas y si esa diferencia logra explicar la asimetría producida por el acceso consciente al contenido implicaturado. En un ejemplo como (2), la implicatura se produce al haber una burla ostensiva de una máxima. En concreto, cuando a uno le preguntan por la belleza de otra persona, en nuestro ejemplo *C*, la oración proferida en (2), “ella es muy simpática”, viola ostensivamente la máxima de relación; esto es, el que una persona sea simpática no es pertinente si estamos hablando de su belleza, por lo que, para restablecer la máxima de relación, hemos de suponer que ha implicaturado que la belleza de *C* no es un rasgo a destacar. Esto mismo debe pasar en las implicaturas conversacionales generalizadas a las que tenemos acceso consciente, como la señalada en (4) con la flecha doble. En este tipo de implicaturas escalares, el hablante viola ostensiva y manifiestamente la máxima de cantidad, porque aparentemente está dando menos

información de la que requiere la conversación. Para restablecer la máxima de cantidad, se ha de suponer que se ha implicaturado que Sally no es guapa, aunque esta implicatura esté cancelada contextualmente como ocurre en (4).

Por el contrario, en un caso como (3), la implicatura se produce no por la explotación de una máxima como parece suponer el APGI, sino por dejar de observar tranquilamente y sin ostentación una máxima. Comparemos (3) con (5), el ejemplo clásico de Grice de este tipo de implicaturas (Grice 1989, p. 31).

- (5) [Ante el comentario de *A* de que se ha quedado sin gasolina, *B* comenta:] Hay una gasolinera a la vuelta de la esquina.

En (5), el hablante está incumpliendo no ostensivamente la máxima de relación, a menos que piense que la gasolinera está abierta (o que es posible que lo esté) y que tienen gasolina para vender, por lo que al proferir “Hay una gasolinera a la vuelta de la esquina”, el hablante ha implicaturado que la gasolinera está abierta y que venden gasolina (aprox.). Es fácil de comprobar que este esquema se reproduce en (3). En la interpretación de una preferencia normal de (3), se dice que María sacó su llave y que María abrió la puerta y si se relatan estas dos cosas como lo que María hizo, se espera que tengan alguna conexión, a saber, que María abra la puerta con la llave que había sacado, porque si no tuvieran alguna conexión se infringiría la máxima de relación. De este modo, se produce una implicatura sin que sea obvio que se viole alguna máxima.

Resumiendo, tenemos que el APGI se construye a partir de casos que la teoría clásica griceana considera diferentes, al menos desde el punto de vista del mecanismo mediante el que se detectan. Si tenemos en cuenta esta diferencia, el aparente problema del minimismo desaparece. Esto es, existen implicaturas que son accesibles a los hablantes porque dependen de la explotación, de la burla ostensiva de una máxima, lo cual sólo puede ocurrir si somos conscientes de lo que se dice y de que ese contenido incumple el principio de cooperación; por otro lado, hay implicaturas a las que no tenemos un acceso consciente porque dependen de la violación no ostensiva de una máxima, lo cual, como el propio Grice señala, puede llevar a confusiones y engaños.

El que se dé por bueno el supuesto de que todas las implicaturas se producen de la misma manera, sin tener en cuenta el trabajo seminal de Grice, tiene como resultado que el APGI parezca funcionar. Es más, este mismo supuesto es el que sustenta los otros

argumentos contextualistas que considero más o menos dependientes de APGI. Para poner un ejemplo, Carston argumenta que existe un criterio que nos permite decidir cuándo un contenido es o no una implicatura conversacional, criterio que nos muestra que las posturas contextualistas son las correctas. Éste es el criterio del alcance, CA, el cual afirma:

Un aspecto del significado determinado pragmáticamente es parte de lo que se dice (y, por lo tanto, no es una implicatura conversacional) si —y, quizás, sólo si— cae dentro del alcance de operadores lógicos como la negación y los condicionales. (Carston 2004, p. 74)

En principio, este criterio, y el argumento contextualista basado en él, es independiente del supuesto mencionado y del APGI. Sin embargo, Carston recurre al APGI para refrendar la validez del criterio que propone.

El CA no será válido si hay implicaturas que sean sensibles al alcance de los operadores lógicos. García-Carpintero (2001) ha argumentado que existen casos que consideramos claramente como una implicatura y que no cumplen este criterio, por lo que el CA parece perder toda utilidad. En concreto, (5) es uno de estos casos. Así, García-Carpintero (2001, p. 113) propone dos ejemplos, (5') y (5''), en los que la supuesta implicatura de (5) cae dentro de operadores lógicos,

(5') Si hay una gasolinera a la vuelta de la esquina, no tendré que preocuparme más.

(5'') No hay ninguna gasolinera cerca.

En respuesta a García-Carpintero, Carston señala que (5) no es un caso de implicatura. Como no puede utilizar su propio criterio para sostener que (5) no es una implicatura, Carston recurre a Recanati y al APGI, ya que comparte el mismo supuesto acerca de la producción de implicaturas. Pero como hemos visto, si ese supuesto se elimina y tenemos en cuenta todas las formas en que se produce una implicatura, (5) es un caso claro de implicatura y, por lo tanto, García-Carpintero tiene razón al señalar la poca utilidad del CA. Por supuesto, el CA no se ve directamente afectado por la diferencia en la generación de implicaturas como el APGI, ya que se basa en el alcance de ciertos operadores básicos que es un criterio bastante robusto y difícilmente sensible a esas diferencias. Lo único que se

pretende señalar es que la defensa de ese criterio frente a algunos contraejemplos se apoya en un mal argumento que no se sostiene si consideramos que existen diferentes maneras en que un hablante puede implicaturar un contenido.

En definitiva, no hay ningún problema con el minimismo, no al menos el que señala el APGI. La noción minimista de *lo que se dice* delinea una noción de *lo que se implicatura* que es lo suficientemente general como para poder explicar que unas implicaturas sean accesibles y otras no. Si el contextualismo ha de ganar al minimismo no será con este tipo de argumentos.¹⁰

BIBLIOGRAFÍA

- Bach, K., 1999, “The Semantics Pragmatics Distinction: What It Is and Why It Matters”, en Ken Turner (comp.), *The Semantics-Pragmatics Interface from Different Points of View*, Elsevier, Oxford, pp. 65–84. Versión en línea en: <http://userwww.sfsu.edu/~kbach/>
- , 1994, “Conversational Implicature”, en *Mind and Language*, vol. 9, pp. 124–162. Versión en línea en: <http://userwww.sfsu.edu/~kbach/>
- Berg, J., 2002, “Is Semantics Still Possible?”, *Journal of Pragmatics*, vol. 34, pp. 349–359.
- Borg, E., 2004, *Minimal Semantics*, Clarendon Press, Oxford.
- Cappelen, H. y E. Lepore, 2005, *Insensitive Semantics. A Defense of Semantic Minimalism and Speech Act Pluralism*, Blackwell, Oxford.
- Carston, R., 2004, “Truth-Conditional Content and Conversational Implicature”, en Claudia Bianchi (comp.), *The Semantics/Pragmatics Distinction*, CSLI, Stanford. Versión en línea en: <http://www.phon.ucl.ac.uk/home/robyn/pdfpubs.html>
- , 2002, *Thoughts and Utterances. The Pragmatics of Explicit Communication*, Blackwell, Oxford.
- Chapman, S., 2005, *Paul Grice: Philosopher and Linguist*, Palgrave Macmillan, Houndmills.
- García-Carpintero, M., 2006, “Recanati on the Semantics/Pragmatics Distinction”, *Crítica*, vol. 38, no. 112, pp. 35–68.
- , 2001, “Gricean Rational Reconstructions and the Semantics/Pragmatics Distinction”, *Synthese*, vol. 128, pp. 93–131
- Grice, P., 1989, *Studies in the Way of Words*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

¹⁰ Una primera versión de este trabajo fue presentada en el VII Taller d’Investigació en Filosofia. Agradezco a todos los asistentes, así como a Manuel García-Carpintero, Josep Macià, Esther Romero y a dos árbitros anónimos sus valiosos comentarios.

- Grice, P., 1975, "Logic and Conversation", en Grice, 1989, pp. 22–40. [Versión en castellano "Lógica y conversación", en L. Valdés (comp.), *La búsqueda del significado*, 3a. ed., Tecnos, Madrid, 2000, pp. 524–543.]
- Hawley, P., 2002, "What Is Said", *Journal of Pragmatics*, vol. 34, pp. 969–991.
- Horn, L., 2004, "Implicature", en L. Horn y G. Warn (comps.), *Handbook of Pragmatics*, Blackwell, Oxford, 2004. Versión en línea en: http://www.yale.edu/linguist/faculty/horn_pub.html
- , 1989, *The Natural History of Negation*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Levinson, S., 2000, *Presumptive Meanings: The Theory of Generalized Conversational Implicatures*, MIT Press, Cambridge, Mass.
- Recanati, F., 2006, "Predelli and Carpintero on *Literal Meaning*", *Crítica*, vol. 38, no. 112, pp. 69–79.
- , 2004, *Literal Meaning*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Stanley, J., 2005, "Review of François Recanati's, *Literal Meaning*", *Notre Dame Philosophical Reviews*. Versión en línea en: <http://ndpr.nd.edu/reviews.cfm>.
- Stanley, J. y C. King, 2005, "Semantics, Pragmatics, and the Role of Semantic Content", en Z. Szabó (comp.), *Semantics vs. Pragmatics*, Oxford University Press, Oxford, pp. 111–164. Versión en línea en: <http://www.rci.rutgers.edu/%7Ejasoncs/RecentPapers.html>
- Wilson, D. y D. Sperber, 2002, "Truthfulness and Relevance", *Mind*, vol. 111, pp. 583–632.

Recibido el 20 de septiembre de 2005; revisado el 16 de febrero de 2007; aceptado el 21 de marzo de 2007.